

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



+Helena y Octavio Paz: una relación compleja y entrañable.

88

LETRAS LIBRES
MAYO 2014

CARTA A LA HIJA DE POETA A POETA

ENRIQUE KRAUZE

Un día de 1983, luego de la esperada reconciliación con su hija Helena tras muchos años de no verla, Octavio Paz le escribió una carta. En la parte final decía: “Vi un laurel la otra mañana y ese árbol me recordó un poema de Yeats que quise leerte [tachado] cuando eras niña y del que ahora sigues siendo niña para mí—te digo dos estrofas.” El poema se titulaba “A prayer for my daughter”. Paz lo transcribió en inglés. Estas son las estrofas, traducidas por Julio Hubbard:

Que florezca como árbol escondido,
que sea su razón como un jilguero,
sin otro asunto que esparcir en torno
la magnanimidad de su sonido,
y solo por el goce emprenda caza,
y solo por el goce inicie un pleito.
O viva y reverdezca cual laurel
que eche raíces en lugar querido.

Mi mente, como aquellas que he
[amado,
o el tipo de belleza que he elegido,
avanza poco, se ha ido secando,
pero sabe que ahogarse con el odio
bien puede ser el peor de los destinos.
Si del odio una mente queda intacta,

y no la embiste el viento, ni la abate,
jamás caerá el jilguero de la rama.

Yeats buscaba salvar a su hija del odio circundante, salvarla para la poesía y para la vida. Paz también.

En el párrafo lateral izquierdo de la carta, Paz —de poeta a poeta— le dice, “¿no es preciosa esa línea: ‘la magnanimidad del sonido’? Gran poesía...”. Y sobre la misma línea, en el margen derecho, agrega: “¿no oyes en esas sílabas crecer y elevarse ‘el invisible follaje de los sonidos’, como dijo otro poeta?”. Y agrega: “¿Qué lees ahora? Yo sigo con Plutarco... Mil besos, tu papá Octavio.”

Quienes piensan que el vínculo entre Paz y su hija puede explicarse solo (o principalmente) como un conflicto interminable, no conocen la historia. Fue una relación compleja, profunda, fructífera, entrañable y desgarradora. Alguien, alguna vez, la recreará, con sensibilidad y justicia. —

POLÍTICA LEY TELECOM EN LITIGIO

RAÚL TREJO DELARBE

La mitad de los mexicanos tiene acceso a variadas y cada vez más espléndidas opciones de consumo audiovisual. Este año la mitad de las familias mexicanas contará con algún servicio de televisión de paga y

aproximadamente también el 50% de los mexicanos dispondrá de conexión a internet —aunque la mitad de ellos en el trabajo, en escuelas o en sitios de paga, pero no en sus hogares. La televisión a la carta, el consumo audiovisual casi personalizado, las narrativas transmediáticas y el futuro digitalizado que de manera tan atractiva se describió en el número de febrero de *Letras Libres* involucra a la mitad de los mexicanos. A la otra mitad, todavía no.

Por eso es tan importante la construcción de reglas para que en telecomunicaciones y radiodifusión tengamos la diversidad de opciones, el contraste y la competencia y la regulación de las que hemos carecido en nuestro país. La reforma constitucional promulgada en junio de 2013 atendió esas necesidades. Más oferta en televisión abierta, nuevos medios públicos, derechos de usuarios de telefonía y espectadores de radiodifusión, reglas para acotar consorcios dominantes y propiciar competencia, organismo regulador con fuerza necesaria para fiscalizar a las grandes corporaciones, internet en todo el país... esas y otras decisiones, respaldadas por los tres partidos nacionales y el gobierno, resolvieron vacíos legales que hemos padecido durante décadas y crearon un nuevo contexto para las telecomunicaciones.

Pero la Constitución debe ser reglamentada. La Ley de Telecomuni-



Fotografía: Gustavo Davito



Las normas para medios en México son anticuadas.

caciones y Radiodifusión que propuso el presidente Enrique Peña Nieto y que el Congreso discutía en los últimos días de abril tuvo demasiados contraluces y en algunos temas resultó contradictoria con diversas disposiciones constitucionales.

Los dos principales consorcios de ese ramo se dijeron afectados por ella. Telmex y Telcel se quejaron por la imposición de cuotas de interconexión que consideran agraviantes para sus utilidades; no recordaron que la extensa red que tienen por todo el país ha crecido gracias a tarifas altas (si se les compara con los precios de tales servicios en otros países) y a la debilidad de otras empresas telefónicas. A su vez, entre otros reclamos, Televisa rechazó las multas señaladas en la propuesta¹ y se opuso a que los medios comunitarios y públicos obtengan ganancias por la venta de publicidad.

Las querrelas de esos consorcios ratifican la debilidad de las normas que México ha tenido en el campo de las comunicaciones.² El crecimiento de Telmex y Telcel, que manejan

ocho y siete de cada diez líneas telefónicas alámbricas e inalámbricas respectivamente, devino en debilidad de sus competidores, pero sobre todo en tarifas caras y servicios malos —la lentitud de las conexiones a internet mantiene a México rezagado en los indicadores internacionales de conectividad.

Al mismo tiempo Televisa, que tiene seis de cada diez estaciones de televisión comercial, ha bloqueado junto con Televisión Azteca cualquier competencia que se les presente. Por eso se oponen a que los suscriptores de Telmex reciban televisión de paga por el cableado telefónico.

Las prácticas monopólicas han sido motivo en diversos países, entre ellos Estados Unidos y los miembros de la Unión Europea, de medidas para acotar el crecimiento de las grandes corporaciones en el campo de las telecomunicaciones. La reforma constitucional en el Transitorio VIII prevé un tratamiento especial para los consorcios que serían considerados como preponderantes cuando alcancen más de la mitad de usuarios, suscriptores, audiencia, tráfico o capacidad de tráfico en sus redes. La iniciativa presidencial ratifica esos motivos de preponderancia en el terreno de las telecomunicaciones, pero para la radiodifusión menciona únicamente el criterio de audiencia. Esa modificación beneficia a Televisa, que tiene la

mayor parte de las estaciones de televisión comercial en el país, pero no necesariamente a más de la mitad de la audiencia.

La iniciativa de Peña Nieto incluyó normas regresivas como las que acentúan la presencia del gobierno en el control de los medios de comunicación. La supervisión de contenidos en televisión y radio, pero además el establecimiento de las reglas para publicidad, clasificación de programas y supervisión de mensajes engañosos, entre otros temas, estarían a cargo de la Secretaría de Gobernación a pesar de que el artículo 28 de la Constitución asigna al Ifetel (Instituto Federal de Telecomunicaciones) “la regulación, promoción y supervisión del uso, aprovechamiento y explotación del espectro radioeléctrico”. Entre la regulación a cargo del gobierno y la aplicación de la ley por parte de un organismo autónomo como el Ifetel, esta última opción resulta preferible.

Como resultado de otra medida en esa iniciativa, los proveedores de servicios de internet deberían bloquear contenidos a petición de cualquier autoridad y las procuradurías de justicia podrían ordenar la intercepción de llamadas telefónicas y la localización de personas a través de dispositivos celulares, en ambos casos sin que fuese necesaria una instrucción judicial.

¹ El catálogo de multas es muy amplio y va desde entre el 0.01% al 0.5% de los ingresos de la empresa infraccionada por presentar informes de manera extemporánea, hasta entre 4.1% y 5% de los ingresos de quien preste servicios de telecomunicaciones o radiodifusión sin tener concesión, o a quien sin causa justificada suspenda servicios en una población en donde sea el único proveedor de ellos.

² Las normas además son demasiado arcaicas. La Ley Federal de Radio y Televisión tiene 54 años y fue redactada cuando no había sistemas satelitales ni comunicaciones digitales. La de Telecomunicaciones está por cumplir dos décadas.

Pero quizá, más que por su contenido, la propuesta de Peña Nieto resultó preocupante por sus omisiones. A los medios de radiodifusión pública los ignoró excepto para señalar que únicamente podrían vender espacios para patrocinios y no anuncios comerciales. Por otra parte atendió la instrucción constitucional para crear un sistema nacional de radiodifusión pública pero no precisaba que tal organismo tendría a su cargo una nueva cadena de televisión nacional. Aunque el artículo 6º de la Constitución indica que ese organismo debe ser autónomo, la iniciativa de Peña lo supeditaba a la Secretaría de Gobernación.

La propuesta del presidente fue rechazada por los dirigentes nacionales del PAN y el PRD el mismo día que se presentó, pero su destino dependía de la decisión del PRI que, con algunos aliados, podía reunir la mayoría necesaria para aprobarla. A la fecha en que se escriben estas líneas la iniciativa acumulaba numerosas objeciones, entre ellas las del propio Instituto Federal de Telecomunicaciones. Si a pesar de esas opiniones críticas el Congreso aprueba la propuesta presidencial sin modificaciones sustanciales, la nueva Ley de Telecomunicaciones tendría riesgosas debilidades frente a las disposiciones constitucionales. Las inconformidades tendrían que llegar a la Suprema Corte de Justicia. Y el desarrollo de las telecomunicaciones seguiría dilatado por la ineficacia de las normas, como tantas veces en la historia reciente. —

LIBROS INFANTILES CUATRO DÍAS ILUSTRADOS

✎ LAIA JUFRESA

Es mi primera vez aquí, en la feria del libro infantil de Bolonia. Se nota en mi alto consumo de paracetamol. Los habituales traen maletas con ruedas y visitan un pabellón por día. Yo, que quiero verlo todo, paso quince horas diarias caminando entre los veinte mil metros cuadrados de feria, con el peso de los catálogos y revistas acumulándose en la bolsa: ni mochila traje. Escuelas de ilustración, países, editoriales: todo el mundo



Fotografía: Stefan Labuschagne

+Veinte mil metros cuadrados dedicados a la literatura infantil.

tiene un folleto para ti. Viéndolo —y cargándolo— parece histórico y remoto el debate sobre la supervivencia del papel. Pero es un tema recurrente en los pasillos: aquí todo el mundo se dedica al libro. A la feria solo entran profesionales. De hecho, el público en general nunca había tenido acceso hasta que se abrió un único pabellón en forma de librería internacional.

Hay otros cuatro pabellones con estands de editoriales y uno dedicado al *licensing*, lleno de objetos susceptibles de ser decorados con la cara de algún personaje famoso. Hay también una zona, en el segundo piso, dedicada a los agentes: quizá la parte más importante de una feria pensada para albergar el comercio de derechos. Básicamente a eso se viene aquí: a vender y a comprar algo que, bien mirado, resulta de lo más abstracto pero que, al final del día, permite la circulación de un mismo libro en distintos idiomas. El eslogan de la feria es “The rights place for children’s content”. Aquí es donde las editoriales del mundo consiguen o revenden sus hallazgos. “I’m only selling”, te dicen unos. O: “Just buying!”

Los otros gremios del libro tienen un —pequeño— nicho para conferencias y eventos: autores, traductores y —el mejor representado— ilustradores. Es en el carácter universal de la ilustración donde mejor se espejea la fisonomía internacional de la feria.

En Bolonia se anuncian los premios más importantes de la literatura infantil: tantos que no me cabrían aquí. Mencionaré solo dos, muy nuevos, que hablan de para dónde vamos: premio al mejor libro electrónico y premio al mejor “libro silencioso” (ilustrado y sin palabras). Este último es un indicio de la independencia que están cobrando los ilustradores como creadores. Otro es que, en Italia, ahora se llaman *autori di immagini*. En el pasado (francamente no muy largo) de la literatura infantil y juvenil, el escritor tradicionalmente ha recibido más atención y respeto que el ilustrador. Eso debe cambiar, y es en Bolonia donde este giro urgente se siente más cercano. Aunque la Feria Internacional del Libro de Guadalajara no se queda atrás. Verónica Mendoza, coordinadora de expositores, explica que, inspirados en Bolonia, empezaron a hacer *FILUstra* y el Catálogo Iberoamericano de Ilustración. Este año, además, dan un *fellowship* para diez editores no hispanos que quieran traducir libros latinoamericanos infantiles. A su vez, *FILUstra* inspiró eventos similares en Bogotá y en Santiago. Una cadena feliz, que va *in crescendo*.

La feria está a veinte minutos en autobús del centro, pero Bolonia entera se involucra. Las galerías exponen ilustradores, y de los más grandes: Katsumi Komagata, Isol, Benjamin Chaud; y en las vitrinas



de las tiendas de joyas o chocolates hay libros álbum expuestos, aunque ya el viernes empiezan a cambiarlos por huevos de Pascua. Aunque no sea más que por cuatro días al año, resulta conmovedor ver a una ciudad rindiéndole homenaje a una rama de la narrativa tan injusta como sistemáticamente ninguneada.

Para el jueves –cuarto y último día– los stands están de mudanza, han metido todo en cajas o celebran sus últimas citas apuradas. Me encuentro a una editora chilena que llora a mares: en lo que fue al baño, le vaciaron el stand. Los habituales nos explican que el último día la gente comienza a robar libros, es casi tradición. Me resulta perturbador el dato: ¿los lectores de libros infantiles no somos más honrados sino, en todo caso, apenas más pacientes?

En el stand de Suiza han dispuesto una mesa larga sobre la cual hay un *lunch* de lujo (por lo menos en comparación a la pizza que todos llevamos tres días consumiendo, de pie) y –aún más impresionante– vino en copas de verdad. *Gli svizzeri...* me dice suspirando un italiano que está, como yo, ahí parado observándolos. En el pabellón de *licensing*, ahora pelón, se apilan las exparedes de los stands. Ayer Ana Luelmo, coordinadora de FIL Niños, me dijo que ella observa, además de los libros, los stands mismos. Parte de su trabajo es idear un mobiliario que aguante nueve días de feria,

y luego pueda reciclarse. Me parece fascinante, empiezo a mirar mejor las cosas y los materiales. ¿A dónde van los stands cuando no hay feria? Le pregunto su opinión a una señora de la limpieza. No sabe, pero me asegura que *domani* no habrá nada: ni siquiera las alfombras. —

IN MEMÓRIAM

LUIS VILLORO (1922-2014)

✎ GUILLERMO HURTADO

En 1948 el grupo filosófico Hiperión irrumpió en la cultura mexicana como un cometa: de manera brillante y efímera. Este grupo, formado por exalumnos de José Gaos, pretendía combinar la autonomía de pensamiento con el mayor rigor intelectual para crear una nueva filosofía mexicana comprometida y de altura. De todos los hiperiones, el único que logró realizar plenamente ese afán fue Luis Villoro. Pero su legado va más allá de su obra escrita: hasta el último de sus días, él fue nuestro mejor ejemplo de cómo *vivir como un filósofo*; tarea que requiere de virtudes poco comunes como la de no sucumbir a las tentaciones del poder o no abandonarse a las pequeñas miserias de la vida académica.

Su obra se nutrió de las corrientes filosóficas más importantes de la segunda mitad del siglo anterior: el existencialismo, la fenomenología, el marxismo, la analítica, el multiculturalismo. Pasó por todas ellas sin detenerse en ninguna, sin convertirse en cofrade de alguna capilla. En sus escritos se observan ciertas preocupaciones recurrentes: la comprensión de la alteridad, los límites de la razón, los vínculos entre el conocimiento y el poder, la reflexión sobre la injusticia, el respeto a las diferencias culturales, la comunión con la divinidad y la dimensión crítica del pensamiento filosófico.

Sus libros *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950) y *El proceso ideológico de la revolución de independencia* (1953) son trabajos magistrales de historia intelectual y de filosofía de la historia. En el primero de ellos realizó una crónica de las ideas sobre el indio y el papel que

estas desempeñaron en la autoconciencia de los mestizos y criollos. En el segundo examinó el proceso ideológico de la independencia, pero también –y de manera sutil– el clima existencial que la impelió.

Entre las décadas de los cincuenta y los ochenta, Villoro trabajó en una serie de estudios cruzados de epistemología y filosofía política desde las coordenadas teóricas de la fenomenología, el marxismo y la analítica. Fue en esos años que adquirió prestigio como un profesor brillante y carismático, y también como uno de los intelectuales más serios de la izquierda. De esta época son sus libros *La idea y el ente en la filosofía de Descartes* (1965), *Estudios sobre Husserl* (1975) y *El concepto de ideología y otros ensayos* (1985). En este último ofreció una defensa de la filosofía entendida como crítica de las creencias heredadas e impuestas. En contra de las posiciones más recalcitrantes, Villoro sostuvo que la filosofía no debía ser una ideología, sino un ejercicio de la razón autónoma. Para el filósofo, la razón tenía que ser liberadora, pero para que lo fuera tenía que ser rigurosa. En esos años en los que algunos grupos opositores dentro de las universidades se inclinaban peligrosamente hacia el dogmatismo y la violencia, la lucidez de Villoro propició otras posiciones, más cercanas a la democracia y la tolerancia.

En *Creer, saber y conocer* (1982), libro inscrito en la tradición analítica, ofreció una teoría epistemológica que elimina la cláusula de verdad de la definición de conocimiento con el fin de comprender la práctica epistémica en su dimensión histórica y política. Villoro analiza “saber que p” como “creer que p con razones objetivamente suficientes”. A su vez, una razón para creer que p es “objetivamente suficiente” si es “concluyente, completa y coherente”. Sin embargo, una misma razón puede ser objetivamente suficiente en una comunidad sin serlo en otra. De esto se sigue cierto relativismo que nos puede resultar incómodo, pero que fue aceptado por Villoro como la única manera de responder al desafío escéptico. Este libro –acaso el más original y ambicioso de su producción– todavía se lee con sumo interés y tendría que ser



Fotografía: EFE

+Luis Villoro, cómo vivir como filósofo.

una lectura obligada en todos los cursos universitarios sobre epistemología.

El levantamiento neozapatista causó una profunda impresión en Villoro. Toda su obra, desde entonces, quedó marcada por este suceso. La lección que él extrajo de ese movimiento fue que el ejercicio del poder debe estar basado en la sensibilidad moral. En *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política* (1997), Villoro sostuvo que se debe dar prioridad a aquellos valores que vinculan a los individuos con su comunidad, sin abandonar del todo los principios de la libertad y del orden social. Villoro abjuró de la democracia representativa liberal y defendió una democracia radical en la que el poder sea ejercido por los individuos en los sitios en donde habitan y laboran. Un modelo viable de esta sociedad igualitaria podía encontrarse, según él, en las comunidades indígenas de México.

A lo largo de más de seis décadas de labor intelectual, Villoro produjo una obra rica y extensa que debe recopilarse de manera cuidadosa. La edición de sus obras completas no puede limitarse a una mera reimpresión de sus libros. Hay que recuperar todos sus ensayos en revistas académicas, culturales y políticas, sus cuantiosos artículos en periódicos, así como su correspondencia y sus manuscritos más relevantes. Pero sobre todo hay que seguir leyendo y discutiendo sus obras en los salones de clase y fuera de ellos. Es decir, ocuparse de que su pensamiento siga estando vivo.

Luis Villoro no fue una estrella fugaz de la filosofía mexicana —como tantas otras que han surcado nuestro firmamento intelectual—; hoy por hoy es, yo diría, nuestra estrella polar. Estoy convencido de que el camino que él nos señaló es el que tendría que tomar nuestra filosofía académica para salir de su letargo y reencontrarse con su circunstancia. —

CENTENARIO DE PAZ LABERINTOS MEXICANOS

✍ JORGE EDWARDS

En el conjunto de América de lengua española, México es la economía más pujante, de mayor volumen, con problemas serios, pero con porvenir, con perspectivas. No he notado en México, a donde he llegado a celebrar el centenario de Octavio Paz, las amarguras, el estado de pesimismo, de escepticismo permanente, de otros países de nuestra región. La política cultural de México, en estos días, sin profundizar en detalles, sin pretensiones de especialista en la materia, me parece de lejos la más fuerte, la más imaginativa, la más amplia de miras de todo nuestro mundo latinoamericano. La Alianza del Pacífico, que une a México, Colombia, Perú y Chile, es el único proyecto de integración regional que realmente funciona, en un sector donde los sueños, donde la capacidad de soñar ha sido alta, en contraste con la capacidad

de realizar cosas efectivas. De aquí que la intención de conjugar la Alianza con el Mercosur, es decir, de llevar la alianza desde el Pacífico hasta el océano Atlántico, me parezca, al menos por ahora y por mucho tiempo, un perfecto disparate.

Las principales sesiones del homenaje a Paz se realizaron en la Biblioteca de México, un conjunto arquitectónico ambicioso, de notable solidez, de líneas nobles, de finales del siglo XVIII, que transmite la impresión de una mirada amplia, de una continuidad histórica. Entro y visito un conjunto de bibliotecas personales de grandes escritores fallecidos. Es una idea original, no mediocre, de proyección interesante, y pienso que en Chile, en el país del “irrespeto literario”, como escribió una vez Pablo Neruda, no se le habría podido ocurrir a nadie ni en sus sueños más audaces. Las bibliotecas personales, que abrigan las colecciones privadas de escritores, poetas, hombres de letras fallecidos, conjugan el despliegue de los libros con la arquitectura, la pintura, la decoración. Tratan de ajustarse al estilo, al ambiente de cada personaje, y lo consiguen en forma notable. Por ejemplo, se sabe que Carlos Monsiváis, ensayista agudo e incisivo, crítico implacable, era un aficionado a los gatos a niveles extravagantes. Pues bien, las decoraciones del embaldosado del suelo de su sector fueron diseñadas y realizadas por Francisco Toledo, uno de los pintores más talentosos del país, y tienen cabezas de gatos disimuladas en las juntas, en los recodos. Allí Chumacero era un coleccionista refinado de ediciones de poesía de diferentes lenguas, de manuscritos, de cartas de amigos. Todo encuentra su lugar. Hay aviones de madera suspendidos en la sección de José Luis Martínez, que viajaba con frecuencia a Chile y tenía muchos amigos entre nosotros: alusión, quizá, a sus vuelos, a sus frecuentes apariciones y desapariciones. La casa de José Luis era una de las bibliotecas privadas más extraordinarias que he visto nunca. Era una edificación curva, de tres pisos, que daba sobre un jardín, y las paredes del fondo, sin excepción, estaban tapizadas de libros. Uno se instalaba en el centro del jardín, miraba

la casa a través de sus ventanas abiertas, y todo era una biblioteca de forma cóncava que parecía flotar en el atardecer mexicano. También visité alguna vez la casa de don Alfonso Reyes y era una biblioteca en forma de barco, de paredes blancas, que navegaba por un barrio importante, entre arbustos de color lila, árboles, flores blancas y amarillas.

En el centenario de Octavio Paz hubo momentos intensos, solemnes, casi imperiales, y episodios más familiares y hasta divertidos. El joven Paz había sido acogido con entusiasmo por Pablo Neruda en los días del Congreso de Valencia de 1937, reunido en defensa de la República española. Después, en el México de los años cuarenta, los dos poetas se separaron por razones políticas y mantuvieron una infranqueable distancia. Ambos, sin embargo, mantenían una intensa curiosidad y un interés no bien disimulado por lo que hacía y escribía el otro. Octavio Paz me preguntó un día: “Dime, Jorge, ¿cómo tomaba su whisky Pablo Neruda?” Conocía el tema de memoria y pude dar informaciones detalladas. Después pensé en otros poetas bebedores que había conocido y escribí una crónica, *El whisky de los poetas*.

En otra oportunidad, en una conversación por teléfono, Octavio me contó que había leído la obra entera de Neruda, desde la primera línea hasta la última. “Fue el mejor de todos”, me dijo, “su error fue la política”. Me pareció una confesión curiosa, casi un intento de reconciliación más allá de la muerte. Pero el error de Neruda, a mi juicio, no era exactamente la política, era el conformismo. Neruda se instaló en una ideología, como en una poltrona, y no quiso darle más vueltas al asunto. Paz, en cambio, practicaba en forma vocacional, apasionada, la revisión permanente del pensamiento. Sabía que ninguna filosofía dura cien años y que siempre había que releerla y reinterpretarla. Neruda, en su poltrona, estaba en contacto con todos los vasos comunicantes de la lengua, jugaba con ellos con singular maestría, pero no le gustaba nada que llegaran a incomodarlo con disquisiciones doctrinarias, con discusiones

Fotografía: Marisol Rodríguez



+Materiales para educar impresores.

acerca del sexo de los ángeles, fueran ángeles católicos o marxistas. —

ARCHIVOS CHARLES LONDON PICKERING, ACUMULADOR

MARISOL RODRÍGUEZ

Vestido de toga y birrete, de pie en un exterior de día, Charles London Pickering sostiene en sus manos un diploma enrollado mientras sonríe a la cámara. La imagen no está fechada, pero el retratado es ya bastante viejo y esta es una de las pocas fotografías suyas —la única a color— en las quince cajas de documentos que le heredó al archivo de colecciones especiales de la University of the Arts London.

Pickering murió en 1998, a los noventa años. Dedicó su vida a ser, más o menos en este orden, un meticoloso impresor, un profesor, un inspector de educación en artes aplicadas y, sobre todo, un ocupado miembro de distintas sociedades y clubes para tipógrafos en el Reino Unido.

Las cajas que dan cuenta de su vida están immaculadamente almacenadas —si hay polvo, no proviene de este ambiente electrónicamente

controlado— entre una colección de historietas, la colección de pósters de Tom Eckersley, el archivo personal del guionista Clive Exton y los ochocientos metros lineales que constituyen los archivos completos de Stanley Kubrick. Nadie sabe nada de Pickering y tal vez por eso, en vez de presentarme sus desordenados papeles, mi guía me muestra algunas piezas del archivo de Kubrick como introducción.

Aparentemente era un acumulador. Desde la época en que fue fotógrafo de la revista *Look* hasta *Eyes wide shut*, Kubrick encajonó cada proyecto una vez terminado. La fama trajo consigo amplias casas con espacios de almacenaje que hasta su muerte disimularon su compulsión de *boarder*. De pronto mi guía toma una caja azul y así, sin más, la abre y la acerca a mis manos. Al interior una pila de hojas amarillas, en la primera se lee línea tras línea: “All work and no play makes Jack a dull boy.” *Ob my God!* Mis manos están sudando y tengo que hacer una pausa antes de tomar la caja (confieso: no me puse guantes y sí, sí dije *Ob my God!*), que no es la única. Para su distribución en Europa, los censores exigían que la página se tradujera a los idiomas de cada país en

que se proyectara la cinta. Habiendo podido cambiar solo las páginas superiores, Kubrick ordenó mecanografiar cada resma en el idioma necesario, lo que además planteó el reto de encontrar en cada lengua un proverbio que expresara lo que el inglés. Cada una de las cajas está archivada aquí, junto a los calzones de Jack Nicholson. Literalmente.

Las oficinas de estas colecciones fueron diseñadas para lucir como uno de los icónicos interiores de Kubrick, en este caso la recepción del Hilton Space Station 5 en 2001: *A space odyssey*. Como en la cinta, el piso podría ser el techo en una habitación dominada por la luz blanca que se distribuye uniformemente por todo el plafón acrílico y se refleja en la total blancura del suelo. Rematan el espacio las sillas rojas, acento recurrente de Kubrick. Me enfrento aquí, por fin, en este ambiente aséptico, ya no al director de cine, sino a un hombre que le temía al futuro. Una primera revisión de los materiales sin catalogar de Charles London Pickering revela un archivo cronológico de recortes de prensa, hojas arrancadas de revistas y distintos panfletos en los que se discutían con gravedad los avances tecnológicos que terminarían por transformar su oficio, solidificar las industrias creativas y entronar a los magnates de los medios de comunicación. El síntoma más claro: el tipógrafo, el formador, el impresor y una cadena de técnicos y artesanos especializados encarnaban ahora en un solo diseñador gráfico que desde 1954 se educaba como tal en el London College of Printing, hoy el London College of Communication.

Las observaciones de Pickering se tocaban sutilmente entre los temas a discutir en las sociedades a las que pertenecía, The Double Crown Club y The Wynkyn de Worde Society entre las más prominentes. ¿Qué trae consigo el futuro? Un ensayo firmado por Roger Bridgman, sin fecha y arrancado de una publicación sin identificar, dialoga sombríamente con estos documentos. Se titula “I’m frightened” y fracasa en su intento de ser una declaración de principios pues sobre todo lo domina

un profundo recelo hacia los nuevos poderes, más que tecnológicos, que comienzan a controlar la profesión:

Tengo miedo. Tengo miedo de lo que no conozco. Quiero escapar de este miedo. Así que debo intentar saberlo todo. Aquí hay un problema para el diseñador, uno con el que debe romperse la cabeza. Los clientes usualmente le piden operar... contra la vida... Le piden usualmente hacer un diseño para un sistema que hace dinero. Hacer dinero está bien, pero solo para el cliente... el diseñador debe estar listo para romper sus cheques... si el cliente está intentando usarlo para canalizar la vida lejos de las personas.

El miedo se materializó el 24 de enero de 1986, cuando seis mil empleados de periódicos entraron en huelga al fracasar las negociaciones para mudarlos de Fleet Street (asentamiento de la prensa desde el siglo XVI) a Wapping, al Este de Londres, donde Rupert Murdoch edificó un búnker para agrupar el *Times*, el *Sunday Times*, el *Sun*, el *News of the World* y supuestamente un nuevo medio. De un día a otro las redacciones fueron trasladadas y cinco mil empleados fueron despedidos. No hubo un día que no se publicaran estos títulos durante el año que duró el conflicto. El cambio trajo consigo la limitación (auspiciada por Margaret Thatcher) de los poderes de los sindicatos y nuevas condiciones tecnológicas que, según Murdoch, supusieron una mejora generalizada e irrevocable de las condiciones de trabajo. Para Ian Griffiths (de *The Guardian*) la tecnología abarató los costos de producción de los periódicos, pero no la mejoró. “Fue un error creer que la tecnología representaba el fin de la era dorada (de los oficios) como fue un error creer que Wapping era una planta construida para albergar un nuevo periódico vespertino.”

Pickering guardó algunos ejemplares del *Times* de la época, pero me pregunto si su interés estaba en absoluto cercano a Wapping. Los periódicos que guardó corresponden al último número del *Times* impreso con placas de plomo y el primero impreso como

litografía en *offset*, tecnología entonces inédita en el imperio. Aunque en sus portadas se reportan tímidamente las batallas campales entre policías y trabajadores, el ojo de Pickering me lleva a la letra pequeña —o eso me parece, en mi *fiebre de archivo*—, a la apariencia de la fuente Times Roman, una variación de la Times New Roman (1931) diseñada para el *Times* por Victor Lardent y Stanley Morrison, miembro original del exclusivo Double Crown Club para tipógrafos, historiadores e impresores, club al que pertenecía Pickering, siendo Morrison una figura recurrente en su propio archivo.

Charles London Pickering no tuvo descendencia. Sabemos que tenía un hermano. Diseñó la invitación al cumpleaños de su sobrina alguna vez. En mi mente lo veo alegre, brindando mientras habla de los *golden years of printing*, como lo hacían los miembros de la Wynkyn de Worde Society hace unos días en su más reciente reunión compuesta por añejos miembros que hablan con frecuencia de tradición. “A los miembros les importa la calidad de lo que hacen”, me dice el que fue el diseñador de la Oxford University Press durante treinta años. Ahora está retirado, es un diseñador *freelance*.

I’m frightened. —

PERFIL

LA BRUJA DE NORTH BENNINGTON

✎ JAZMINA BARRERA VELÁZQUEZ

En el Estados Unidos de los cincuenta lo más parecido que habríamos encontrado a una bruja habría sido Shirley Jackson. Bastará con decir que murió aislada, leyendo y escribiendo sobre magia y rodeada de gatos para dar una idea. Su madre le enseñó de niña a leer el tarot y las hojas de té, y su abuela materna, una creyente de la ciencia cristiana, le narró teorías sobre la inexistencia del mundo perceptible. Desde pequeña estaba convencida de tener episodios de clarividencia; “veía lo que el gato”, dijo en alguna ocasión. Y de adolescente, los compañeros de la escuela la tildaban de excéntrica. Joyce Carol Oates atribuye este interés de Jackson



+Shirley Jackson, narradora del terror doméstico.

por lo oculto a la situación que vivía la mujer a mediados del siglo XX. Por un lado debía cumplir con sus deberes de ama de casa y por otro anhelaba tener tiempo para escribir, cosa que siempre disfrutó. En esta disyuntiva y ante la opresión que sufrió en distintos ámbitos, la magia era una forma alterna de hacerse de poder.

Jackson se casó, para disgusto de sus conservadores padres, con Stanley Edgar Hyman, un académico judío, aficionado entre otras cosas a Marx y Freud. Pronto se mudaron al pueblo en el que vivirían la mayor parte de su vida, North Bennington, en Nueva Inglaterra. En muchas de sus historias Shirley describe la a veces terrorífica experiencia de vivir en el *small town America*. Ser una y otra vez juzgada por la comunidad se volvió en verdad problemático cuando ella y otros padres de familia acusaron al maestro de primaria de su hija de maltratar física y emocionalmente a los niños. Ante esta iniciativa el pueblo se volvió en contra de Jackson, quien durante años recibió amenazas y agresiones de los vecinos. La escritora replicó el sufrimiento de tener que salir de su casa para hacer las compras bajo ese

régimen de hostigamiento en *Siempre hemos vivido en el castillo*, en donde transforma una escena cotidiana como esta en una situación terrorífica.

Jackson ya había padecido antes el linchamiento masivo, casi digno de las brujas de Salem, con la publicación de “La lotería”, un cuento que, por si fuera poco, narra la lapidación colectiva de una mujer. En esta historia, publicada en *The New Yorker*, lo que parece ser un episodio en el día a día de un pueblo estadounidense se transforma en una historia de terror sobre la normalización del mal. A menos de un mes de aparecido el relato, Jackson ya recibía aproximadamente diez cartas diarias, muchas preguntando el significado del cuento y queriendo saber si ese tipo de rituales en verdad sucedían en Estados Unidos, y muchísimas más con insultos que iban desde “sentimos que hemos perdido toda la fe en la verdad de la literatura” hasta “díganle a la señora Jackson que ni se le ocurra venir a Canadá”. Incluso la madre de Jackson le escribió diciéndole: “A tu papá y a mí no nos gustó nada tu historia en *The New Yorker*. ¿Por qué no escribes algo que anime a la gente?” El aislamiento ante la intimidación tuvo

al menos un efecto positivo: obligarla a escribir. En alguna ocasión afirmó: “No hay nada como tener demasiado miedo de salir para mantenerte escribiendo.” Sin embargo, a la reacción inusitada de odio que desató “La lotería” siguió una fascinación prolongada. Hoy en día es uno de los cuentos estadounidenses más antologados.

Además de la creciente agorafobia, otros problemas comenzaron a afectar la salud física y mental de Jackson, como su adicción a las anfetaminas que pronto combinó con el alcoholismo. Los padecimientos mentales aparecen a menudo en sus cuentos y novelas, donde, por ejemplo, encontramos personajes con desórdenes de personalidad de distintos tipos. Henry James fue una enorme influencia en su literatura, en tanto de él aprendió la técnica de lo fantástico: el uso de narradores poco fiables y ese limbo que separa al terror psicológico del terror sobrenatural. En muchas de sus historias, como en la novela *La maldición de Hill House*, es imposible decir si el personaje principal inventa los hechos o si en verdad estamos ante la presencia de fantasmas.

Una de estas narraciones extrañas es *Siempre hemos vivido en el castillo*. Su protagonista, Merricat, es una adolescente que, como las brujas, se entiende con el gato mejor que con nadie y tiene un enorme conocimiento de herbolaría. Esta insólita y carismática narradora conquista desde el principio al lector y poco a poco va revelando su naturaleza demoníaca, descubierta al fin en uno de esos finales sorprendidos de los que tanto gustaba la escritora.

Se dice que su obra se puede dividir en dos vertientes: una doméstica y humorística, y otra gótica. Ejemplo de la primera sería su segundo cuento más famoso: “Charles”, en donde aborda también la malicia de los niños. La verdad es que la vida doméstica es un factor también importante en su vertiente más gótica y el humor en las narraciones cómicas tiende muchas veces a lo macabro. En ese espectro que va del humor negro al terror doméstico fluctúan las historias de Jackson, con su prosa impecable y un suspenso cautivante. —